

campo Cristóbal de Olí, otras veces por mí nombrado, que estaba el pueblo bien bastecido de maíz y de frisoles y ají, y también hallamos un poco de sal, que era la cosa que más deseábamos, y allí asentamos nuestro fardaje, como si hubiéramos de estar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habíamos visto en toda la Nueva-España, y un árbol que en mitad de la siesta, por riego sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón, y caía dél uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas; y aqueste pueblo en aquella sazón fué muy poblado y en buen asiento, y había fruta de los zapotes colorados y de los chicos, y estaba en comarca de otros pueblos chicos. Y dejallo hé aquí, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO CLXXXII.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval comenzó á pacificar aquella provincia de Naco, y de los grandes reencuentros que con los de aquella provincia tuvo, y lo que más se hizo.

Desde que hubimos allegado al pueblo de Naco y recogido maíz, frisoles y ají, y con tres principales de aquel pueblo que allí en los maizales prendimos, á los cuales Gonzalo de Sandoval halagó y dió cuentas de Castilla, y les rogó que fuesen á llamar á los demás caciques, que no se les haría enojo ninguno, fueron así como se lo mandó, y vinieron dos caciques; mas no pudo acabar con ellos que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida; ni nos hacían bien ni mal, ni nosotros á ellos; y así estuvimos los primeros días, y Cortés había escrito á Gonzalo de Sandoval, como de antes dicho tengo, que luego le enviase á Puerto de Caballos diez soldados de los de Guacacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entre ellos era yo uno, y en aquella sazón estaba yo algo malo, y dije á Sandoval que me excusase, porque estaba mal dispuesto, y él, que lo había gana, y así quedé; y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquiera afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés y aun de su viaje, y tenían mucha razón, porque no sabían cierto si la tierra por donde habían de ir estaba de paz. Acordó Sandoval de mandar á los caciques de Naco cinco principales indios, que fuesen con ellos hasta el Puerto de Caballos, y les puso temores que si algún enojo recibía alguno de sus soldados, que les quemaría el pueblo y que les iría á buscar y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen les diesen muy bien de comer; y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron á Cortés, que se quería embarcar para ir á Trujillo, y se holgó con ellos, y supo cómo quedábamos buenos, y los llevó consigo en los navíos, y luego se embarcó, y dejó en aquella villa de Puerto de Caballos á un Diego de Godoy por su capitán, con hasta cuarenta vecinos, que eran todos los más de los que solían ser de Gil Gonzalez de Avila y de los nuevamente venidos de las islas; y de que Cortés se hubo embarcado y su teniente Godoy quedó en la villa, con los soldados que más sanos tenía hacia entradas en los pueblos comarcanos, é trujo dos dellos de paz; mas como los indios vieron que los soldados que allí quedaban estaban todos los más dellos dolientes y se morían cada día, no

hacían cuenta dellos, y á esta causa no les acudían con comida, ni ellos eran para illo á buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y en pocos días se murieron la mitad dellos, y se despoblaron otros tres dellos, que se vinieron huyendo donde estábamos con Sandoval. Y dejallo hé aquí en este estado, y volveré á Naco, que, como Sandoval había visto que no se querían venir á poblar el pueblo los indios vecinos y naturales de Naco, aunque los enviaba á llamar muchas veces, y á los demás pueblos comarcanos, no venían ni hacían cuenta de nosotros, acordó de ir en persona y hacer de manera que viniesen; y fuimos luego á unos pueblos que se decían Girimonga y Aculaco, y á otros tres pueblos que estaban cerca de Naco, y todos vinieron á dar la obediencia á su majestad, y luego fuimos á Quizmitán y á otro pueblo de la sierra, y ansimesmo vinieron; por manera que todos los indios de aquella comarca venían de paz, y como no se les demandaba cosa ninguna más de lo que ellos querían dar, no tenían pesadumbre de venir, y desta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que agora se dice Puerto de Caballos. Y dejémos esta materia, porque por fuerza tengo de volver á decir de Cortés, que fué á desembarcar al puerto de Trujillo; y porque en una sazón ácaecen dos ó tres cosas, como otras veces he dicho en los capítulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasados contados, dónde y de qué manera nosotros conquistábamos y poblábamos, como muy claramente lo habrán visto los curiosos lectores; y aunque se deje por agora de decir de Sandoval y todo lo que en la provincia de Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo Cortés desembarcó en el puerto que llaman de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa le salieron á recibir y se holgaron mucho con él, y de todo lo que allí hizo.

Como Cortés se hubo embarcado en el puerto de Caballos, y llevó en su compañía muchos soldados de los que trujo de Méjico y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo en seis días llegó al puerto de Trujillo; y cuando los vecinos que allí vivían, que dejó poblados Francisco de las Casas, supieron que era Cortés, todos fueron á la mar, que estaba cerca, á lo recibir, y le besaron las manos, porque muchos vecinos de aquellos eran bandoleros de los que echaron de Pánuco, y fueron en dar consejo á Cristóbal de Olí para que se alzase, y los habían desterrado de Pánuco, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como se hallaban culpantes, suplicaron á Cortés que les perdonase; y Cortés con muchas caricias y ofrecimientos los abrazó á todos y los perdonó, y luego se fué á la iglesia, y después de hecha oración, le aposentaron lo mejor que pudieron, y le dieron cuenta de todo lo acaecido del Francisco de las Casas y del Gil Gonzalez de Avila, y por qué causa degollaron á Cristóbal de Olí, y cómo se habían ido camino de Méjico, y cómo habían pacificado algunos pueblos de aquella provincia; y como Cortés bien lo hubo entendido, á todos los honró de palabras y con dejalles los cargos según y de la manera que los tenían, excepto que hizo capi-

tan general de aquellas provincias á su primo Saavedra, que así se llamaba, lo cual tuvieron por bien; y luego envió á llamar á todos los pueblos comarcanos, y como tuvieron nueva que era el capitán Malinche, que así se llamaban, y sabían que había conquistado á Méjico, luego vinieron á su llamado y le trujeron presentes de bastimentos; y cuando se hubieron juntado los caciques de cuatro pueblos más principales, Cortés les habló con doña Marina y les dijo las cosas tocantes á nuestra santa fe, y que todos éramos vasallos del gran emperador que se dice don Carlos de Austria, y que tiene muy grandes señores por vasallos, y que nos envió á estas partes para quitar sodomías y robos é idolatrías, y para que no consienta comer carne humana, ni hubiesen sacrificios ni robasen, ni se diesen guerra unos á otros, sino que fuesen hermanos y como tales se tratasen, y también venía para que diesen la obediencia á tan alto rey y señor como les había dicho que tenemos, y le contribuyan con servicios y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos; y les dijo otras muchas cosas la doña Marina, que lo sabía bien decir; y los que no quisiesen venir á se someter al dominio de su majestad, que les castigaría, y aun fray Juan de las Varillas y los dos religiosos franciscos que Cortés traía les predicaron cosas muy santas y buenas, y lo que decían los frailes franciscos se lo declaraban dos indios mejicanos que sabían la lengua española, con otros intérpretes de aquella lengua; y más les dijo, que en todo les guardaría justicia, porque así lo mandaba nuestro rey y señor; y porque hubo otros muchos razonamientos y los entendieron muy bien los caciques, dijeron que se daban por vasallos de su majestad y que harían lo que Cortés les mandaba, y luego les dijo que trujesen bastimento á aquella villa; y también les mandó que viniesen muchos indios y trujesen hachas, y que talasen un monte que estaba dentro en la villa, para que desde allí se pudiese ver la mar y puerto; y también les mandó que fuesen en canoas á llamar tres ó cuatro pueblos que están en unas isletas que se llaman los Guanajes, que en aquella sazón estaban pobladas, y que trujesen pescado, pues que tenían mucho; y así lo hicieron, que dentro en cinco días vinieron los pueblos de las isletas, y todos traían presentes de pescado y gallinas; y Cortés les mandó dar unas puercas y un barcaco que se halló en Trujillo, y de los que traía de Méjico, para que hiciesen casta, porque le dijo un español que era buena tierra para multiplicar con soltalles en las isletas sin ponerles guarda; y así fué como dijo, que dentro en dos años hubo muchos puercos y los iban á montar. Dejemos esto, pues no hace á nuestra relación, y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas; y diré que vinieron tantos indios á talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos días se vió claramente muy bien la mar, é hicieron quince cascas, y una para Cortés muy buena; y esto hecho, se informó Cortés qué pueblos y tierras estaban rebeldes y no querían venir de paz; y unos caciques de un pueblo que se dice Papayeca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazón era grande pueblo, que agora está con muy poca gente ó casi ninguna, le dió á Cortés una memoria de muchos pueblos que no que-

rían venir de paz, que estaban en grandes sierras y tenían fuerzas hechas; y luego Cortés envió al capitán Saavedra con los soldados que le pareció que convenían ir con él, y con los ocho de Guacacualco fué por su camino hasta que llegó á las poblaciones que solían estar de guerra, y salieron de paz los más dellos, excepto tres pueblos, que no se quisieron venir; y tan temido era Cortés de los naturales y tan nombrado, que hasta los pueblos de Olancho, donde fueron las minas ricas que después se descubrieron, era temido y acatado, y llamábanle en todas aquellas provincias el capitán Hue, Hue de Marina, que quiere decir el capitán viejo que trae á doña Marina. Dejemos á Saavedra, que está con su gente sobre los pueblos que no se querían dar, que me parece que se decían los acaltecas, y volvamos á Cortés, que estaba en Trujillo, é ya le habían adolecido los frailes franciscos y un su primo que se decía Abalos, y el licenciado Pedro Lopez, y Carranza el mayordomo y Guinea el despensero y un Juan Flamenco, y otros muchos soldados, así de los que traía como de los que halló en Trujillo, y aun el Anton de Carmona, que trujo el navío con el bastimento; y acordó de los enviar á la isla de Cuba, á la Habana, ó á Santo Domingo si viesen que el tiempo hacía bueno en la mar, y para ello les dió el un navío bien aderezado y calafateado, con el mejor matalotaje que se pudo haber; y escribió á la audiencia real de Santo Domingo y á los frailes jerónimos y á la Habana, dando cuenta cómo había salido de Méjico en busca de Cristóbal de Olí, y cómo dejó sus poderes á los oficiales de su majestad, y del trabajoso camino que había traído, y cómo el Cristóbal de Olí hubo preso á un capitán que se decía Francisco de las Casas, que Cortés había enviado para tomar el armada al mismo Cristóbal de Olí, y que también había preso á un Gil Gonzalez de Avila, siendo gobernador del Golfo-Dulce; y que teniéndolos presos, los dos capitanes se concertaron y le dieron de cuchilladas, y por sentencia, después que lo tuvieron preso, le degollaron, y que al presente estaba poblado la tierra y pueblos sujetos á aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviases soldados; que en aquella tierra de Santo Domingo no tenían con qué se sustentaran; y para dar crédito que había oro envió muchas joyas y piezas de las que traía en su recámara, é vajilla de lo que trujo de Méjico, y aun de la vajilla de su apartador, y por su capitán de aquel navío á un su primo que se decía Abalos, y le mandó que de camino tomase veinte y cinco soldados que había dejado un capitán, que tuvo nueva que andaba á saltar indios en las isletas en lo de Cozumel. Y partido del puerto de Honduras, que así se llamaba, unas veces con buen tiempo é otras con contrario, pasaron adelante de la Punta de Sant-Anton, que está junto á las sierras que llaman de Guaniguanico, que será de la Habana sesenta ó setenta leguas, y con temporal dieron con el navío en tierra, de manera que se ahogaron los frailes y el capitán Abalos y muchos soldados, y dellos se salvaron en el batel y en tablas, y con mucho trabajo aportaron á la Habana, y desde allí fué la fama volando por toda la isla de Cuba cómo Cortés y todos nosotros éramos vivos, y en pocos días fué la nueva á Santo Domingo,

porque el licenciado Pedro Lopez, médico que iba allí, que escapó en una tabla, escribió á la real audiencia de Santo Domingo en nombre de Cortés, y todo lo acaecido, y cómo estaba poblando en Trujillo, y que había menester bastimento y vino y caballos, y que para lo comprar traían mucho oro, y que se perdió en la mar de la manera que ya dicho tengo. Y como aquella nueva se supo, todos se alegraron, porque ya había fama, é lo tenían por cierto, que Cortés y todos nosotros sus compañeros éramos muertos; las cuales nuevas supieron en la Española de un navío que fué de la Nueva-España; y como en Santo Domingo se supo que estaba de asiento poblando Cortés las provincias que dicho tengo, luego los oidores y mercaderes comenzaron de cargar dos navíos viejos con caballos y potros, y camisas y bonetes y cosas de bujerías, y no trujeron cosa de comer, sino una pipa de vino, ni fruta, salvo los caballos y todo lo demás de tarabusterías, entre tanto que se armaban los navíos para venir, que aun no habían llegado al puerto. Quiero decir que como Cortés estaba en Trujillo, se le vinieron á quejar ciertos indios de las islas de los Guanajes, que sería de allí ocho leguas, y dijeron que estaba anclado un navío junto á su pueblo, y el batel del navío lleno de españoles con escopetas y ballestas, y que les querían tomar por fuerza sus macegales, que se dice entre ellos vasallos, y que á lo que han entendido, son robadores, y que así les tomaron los años pasados muchos indios, y los llevaron presos en otro navío como aquel que estaba surto; y que enviase Cortés á poner cobro en ello; y como Cortés lo supo, luego mandó armar un bergantín con la mejor artillería que había y con veinte soldados y con buen capitán, y les mandó que en todo caso tomasen el navío que los indios decían, y se lo trujesen preso con todos los españoles que dentro andaban, pues que eran robadores de los vasallos de su majestad; y mandó á los indios que armasen sus canoas, y con varas y flechas que fuesen junto al bergantín, y que ayudasen á prender aquellos hombres, y para ello dió poder al capitán. Pues yendo con su bergantín armado y muchas canoas de los naturales de aquellas isletas, como los del navío que estaba surto los vieron ir á la vela, no aguardaron mucho, que alzaron velas y se fueron huyendo, porque bien entendieron que iban contra ellos, y no los pudo alcanzar el bergantín; y después se alcanzó á saber que era un bachiller Moreno, que había enviado la audiencia real de Santo Domingo á cierto negocio á Nombre de Dios, y parece ser descayeron del viaje, ó vino de hecho sobre cosa pensada á robar los indios de los Guanajes. Y volvamos á Cortés, que se quedó en aquella provincia pacificándola, y volveré á decir lo que á Sandoval le acaeció en Naco.

CAPITULO CLXXXIV.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval, que estaba en Naco, prendió á cuarenta soldados españoles y á su capitán, que venían de la provincia de Nicaragua, y hacían muchos daños y robos á los indios de los pueblos por donde pasaban.

Estando Sandoval en el pueblo de Naco atrayendo de paz todos los mas pueblos de aquella comarca, vinieron ante él cuatro caciques de dos pueblos que se decían

Quecuspan y Tanchinalchapa, y dijeron que estaban en sus pueblos muchos españoles de la manera de los que con él estábamos, con armas y caballos, y que les tomaban sus haciendas é hijas y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro, de lo cual hubo gran enojo el Sandoval; y preguntando que qué tanto sería de allí donde estaban, dijeron que en un día llegaríamos; y luego nos mandó apercebir á los que habíamos de ir con él, lo mejor que podíamos, con nuestras armas y caballos y ballestas y escopetas, y fuimos con él setenta hombres; y llegados á los pueblos donde estaban los soldados, les hallamos muy de reposo, sin pensamiento que los habíamos de prender; y como nos vieron ir de aquella manera, se alborotaron y echaron mano á las armas, y de presto prendimos al capitán y á otros muchos dellos, sin que hubiese sangre ni de una parte ni de otra; y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas, si les parecía bien andar robando á los vasallos de su majestad, y si sería buena conquista y pacificación aquella; y unos indios é indias que traían en collares se los hizo sacar dellos y se los dió á los caciques de aquel pueblo, y á los demás mandó que se fuesen á sus tierras, que era cerca de allí. Pues como aquello fué hecho, mandó al capitán que allí venía, que se decía Pedro de Garro, que él y sus soldados fuesen presos y se fuesen con nosotros al pueblo de Naco, y caminamos con ellos; y traían los soldados muchas indias de Nicaragua, y algunas dellas hermosas, é indias naborias que tenían en su servicio, y todos los mas dellos traían caballos; y como nosotros estábamos trillados y deshechos de los caminos pasados, y no teníamos indias que nos hiciesen pan, eran ellos unos condes en el servirse, según nuestra pobreza. Pues como llegamos con ellos á Naco, Sandoval les dió posadas en partes convenientes, porque venían entre ellos ciertos hidalgos y personas de calidad; y cuando hubieron reposado un día, y su capitán Garro vió que éramos de los de Cortés, hizose muy amigo de Sandoval y de nosotros y se holgaban con nuestra compañía; y quiero decir cómo y de qué manera é por qué causa venía aquel capitán con aquellos soldados, y es desta manera que diré: pareció ser que Pedro Arias de Avila, gobernador que fué en aquella sazón de Tierra-Firme, envió un su capitán que se decía Francisco Hernandez, persona muy principal entre ellos, á conquistar y pacificar las tierras de Nicaragua y lo mas que descubriese, y dióle copia de soldados, así á caballo como ballesteros, y llegó á las provincias de Nicaragua y Leon, que así las llaman, las cuales pacificó y pobló; y como se vió con muchos soldados y próspero, y apartado del Pedro Arias de Avila, y por consejeros que tuvo para ello, y también, según entendí, un bachiller Moreno, por mí ya nombrado, que el audiencia real de Santo Domingo y los frailes jerónimos que gobernaban en las islas le habían enviado á Tierra-Firme á cierto pleito, que tengo en mi pensamiento que era sobre la muerte de Balboa, yerno de Pedro Arias, al cual degolló sin justicia cuando le hubo casado con su hija doña Isabel Arias de Peñalosa, que así se llamaba; y el bachiller Moreno dijo al capitán Francisco Hernandez que como conquistase cualquiera tierra, acudiese á nuestro rey y señor para que le hiciese gobernador de

ella, que no hacia traicion; y que el Balboa, que degolló Pedro Arias, siendo su yerno, que fué contra toda justicia, pues que el Balboa primero envió sus procuradores á su majestad para ser adelantado; y so color destas palabras que tomó del bachiller Moreno, envió el Francisco Hernandez á su capitán Pedro de Garro para que por banda del norte le buscase puerto para hacer sabidor á su majestad de las provincias que había pacificado y poblado, para que le hiciese merced que él fuese gobernador dellas, pues estaban tan apartadas de la gobernación de Pedro Arias. E viniendo que venía el Pedro de Garro para aquel efeto, le prendimos, como dicho tengo. Y como el Sandoval entendió el intento á lo que venían, platicó con el Garro y el Garro con él secretamente, y diese orden que lo hiciésemos saber á Cortés, que estaba en Trujillo; y que el Sandoval tenía por cierto que Cortés le ayudaría para que quedase el Francisco Hernandez por gobernador de Nicaragua. Pues ya esto concertado, envían Sandoval y el Garro diez hombres, los cinco de los nuestros y los otros cinco del Garro, para que costa á costa fuesen á Trujillo con las cartas, porque allí residía Cortés entonces, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y llevaron sobre veinte indios de Nicaragua de los que trujo Garro para que les ayudasen á pasar los ríos, é yendo por sus jornadas, no pudieron pasar el río de Pichin ni otro que se decía Balama, porque venían muy crecidos, y á cabo de quince días vuelven los soldados á Naco sin hacer cosa ninguna de lo que les fué mandado; de lo cual hubo tanto enojo el Sandoval, que de palabra trató mal al que iba por caudillo; y luego sin mas tardar ordena que vaya por la tierra adentro el capitán Luis Marin con diez soldados, los cinco de Garro y los demás de los nuestros, é yo fui con ellos, y fuimos todos á pié y atravesamos muchos pueblos que estaban de guerra; y si hubiese de escribir por extenso los grandes trabajos y reencuentros que con indios de guerra tuvimos, y los ríos y ancones que pasamos en barcas y á nado, y la hambre que algunos días tuvimos, era para no acabar tan presto, y cosas muy de notar; mas digo que había día que pasábamos tres ríos caudalosos en barcas y á nado; y como llegamos á la costa, hubo muchos esteros, donde había lagartos; y en un río que se dice Xagua, que está del Triunfo de la Cruz diez leguas, estuvimos dos días en el pasar en barcas, según venía de recio, y allí hallamos calaveras y huesos de siete caballos que se habían muerto de mala yerba que habían pacido, y fueron de los de Cristóbal de Olí; y de allí fuimos al Triunfo de la Cruz, y hallamos naos quebradas dadas al través, y de allí fuimos en cuatro días á un pueblo que se dice Quemara, y salieron muchos indios de guerra contra nosotros, y traían unas lanzas grandes y gordas, que con sus rodela mandaban con la mano derecha y sobre el brazo izquierdo, y jugaban de la manera que nosotros peleamos con las picas, y se nos venían á juntar pié con pié, y con las ballestas que llevábamos y á cuchilladas nos dieron lugar que pasásemos adelante, y allí hirieron dos de nuestros soldados; y estos indios que he dicho que salieron de guerra no creyeron que éramos de los de Cortés, sino de otros capitanes, que les íbamos á robar sus indios. Dejemos de contar

trabajos pasados, y digo que en otros dos días de camino llegamos á Trujillo, y antes de entrar en él, que sería hora de vísperas, vimos á cinco de á caballo, y era Cortés y otros caballeros, que se habían salido á pasear por la costa, y cuando nos vieron de lejos no sabían qué cosa nueva podía ser; y como nos conoció Cortés, se apeó del caballo y con las lágrimas en los ojos nos vino á abrazar, y nosotros á él, y nos dijo: «¡Oh hermanos y compañeros míos, qué deseo tenía de veros y saber qué tales estábades!» Y estaba tan flaco, que hubimos lástima de verle; porque, según supimos, había estado á punto de morir de calenturas y tristeza que en sí tenía, y aun en aquella sazón no sabía cosa buena ni mala de lo de Méjico; y dijeron otras personas que estaba ya tan á punto de morir, que le tenían hechos unos hábitos de san Francisco para le enterrar con ellos; y luego á pié se fué con todos nosotros á la villa, y nos aposentó y cenamos con él; y tenía tanta pobreza, que aun de cazar no nos hartamos; y como le hubimos dado relación á lo que veníamos, y leído las cartas sobre lo de Francisco Hernandez para que le ayudase, dijo que haría cuanto pudiese por él. Y en aquella sazón que allegamos á Trujillo había tres días que habían venido los dos navíos chicos con las mercaderías que enviaban de Santo Domingo, que era caballos y potros y armas viejas, y unas camisas y bonetes colorados, y cosas de poca valía, y no trujeron sino una pipa de vino, ni fruta ni cosa de provecho; que valiera mas que aquellos navíos no vinieran, según todos nos adeudamos en comprar de aquellas bujerías. Pues estando que estábamos con Cortés dando cuenta de nuestro trabajado camino, vieron venir en alta mar un navío á la vela, y llegado al puerto, venía de la Habana, que enviaba el licenciado Zuazo, el cual licenciado había dejado Cortés en Méjico por alcalde mayor, y enviaba un poco de refresco para Cortés con una carta, la cual es esta que se sigue; y si no dijere las palabras formales que en ella venían, á lo menos diré la substancia della.

CAPITULO CLXXXV.

Cómo el licenciado Zuazo envió una carta desde la Habana á Cortés, y lo que en ella se contiene es lo que diré adelante.

Pues como hubo tomado puerto el navío que dicho tengo, un hidalgo que venía por capitán del, cuando saltó en tierra luego fué á besar las manos á Cortés y le dió una carta del licenciado Zuazo; y después que Cortés la hubo leído, tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer á sollozar en su aposento, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana, que era sábado, é se confesó con fray Juan aquella noche, y le mandó que dijese misa de nuestra Señora muy de mañana, é comulgó; é después de dicha misa, nos rogó que le escuchásemos, y sabríamos nuevas de la Nueva-España, cómo echaron fama que todos éramos muertos, y cómo nos habían tomado nuestras haciendas y las habían vendido en el almoneda, y quitado nuestros indios y repartido en otros españoles, sin tener méritos, y comenzó á leer la carta, y decía así. E lo primero que leyó fué las nuevas que vinieron de Castilla de su padre Martín Cortés y de Ordás, y cómo el contador Albornoz le había sido contrario en las cartas que